

ría el género de muerte que ha de sufrir ese miserable. Ahorcado, descuartizado, quemado, destrozado vivo: vuestra voluntad será una ley. Atentar contra la vida de V. E. es conspirar contra la seguridad del Estado; es casi un crimen de lesa-majestad.

—Gracias, mi noble señor, contestó el chambelán en voz baja: agradezco á vuestra excelencia su amistosa oferta y la tendré presente en tiempo y lugar, oportuno. Pero la muerte de ese villano me es completamente inútil. Que se le encierre en un calabozo, y siempre que algun hombre nos estorbe, le haremos pasar por su cómplice. Cuando necesitemos sus declaraciones bastará con algunas vueltas de cuerda: recomendadle á vuestros atormentadores ordinarios: es una preciosa alhaja.

Los dos grandes dignatarios de la corona se separaron con muestras de la mayor intimidad, y Pandolfello se aproximó á Juana para darla gracias con una tierna mirada por el interes que acababa de manifestarle. La comitiva volvió á continuar su marcha. Por lo que hace al pueblo, habia acudido á ver una fiesta, y asistía á una tragedia. Eran dos espectáculos en uno; así es que gritaba con toda su fuerza.

—¡Viva San Genaro!... ¡viva el gran chambelán!...

III.

Al siguiente dia de su visita al Càrmen, que pudo serle fatal. Pandolfello Alopo respiraba el aire, ya sensiblemente refrigerado, en una de las azoteas del palacio nuevo, medio echado en unos almohadones de terciopelo carmesí, cerrados los párpados y con su hermosa cabeza apoyada sobre las rodillas de la regente, á quien la hacia mucho mas querido el peligro que acababa de correr.

Serian las nueve ó las diez de la mañana, una ligera y perfumada brisa, con que nadie se hubiera atrevido á contar el dia anterior, movia y levantaba suavemente los cabellos del jóven. Una ancha y espesa calle de jazmines que formaban bóveda, con sus entrelazadas ramas, preservaba á la princesa y su favorito de los rayos del sol y de las miradas de los hombres. Los pescadores habian vuelto á entonar sus acostumbradas canciones, y á emprender sus faenas diarias; el anciano, sostenido por una fuerza sobrehumana, se habia llevado el cadáver de su hijo, y colocádole sobre su cama, como si estuviese dormido; habia cerrado despues con llave la puerta de la habitacion, y fué á sentarse en el muelle sin derramar una lágrima ni pronunpir en ninguna queja. Al ver aquel hombre tan grave, tan silencioso y tan imapasible, se hubiera dicho que estaba loco, ó que una voz interior le exhortaba en el fondo de su alma á que confiase en Dios y aguardase.

Nada turbaba, pues, el sosiego de Pandolfello y de Juana, y la calma que reinaba en el palacio, era un reflejo de la que disfrutaba el reino. Nápoles gozaba entonces de una paz profunda. Nadie se atrevía ya á atacar á un pueblo, cuyo rey, lejos de esperar la guerra en sus estados, la llevaba á los demas, con tal rapidez, que su brazo, semejante al rayo, hería con frecuencia al enemigo antes de que tuviese tiempo de ponerse en la defensa. La ambicion de Ladislao no tenia límites. Su nombre glorioso y temido en lo exterior, cubria con su brillo los ignominiosos misterios de su corte; las hazañas del hermano hacian olvidar los desórdenes de la hermana; el cieno desaparecia debajo de la sangre.

Ladislao habia concluido con la rebelion de Hungría, en una edad en que los demas no pueden blandir una lanza; habia batido dos veces á Luis de Anjou, otras dos á los florentinos, y tres al Papa, lo que entre paréntesis, le valió tres excomuniones; era dueño de Faenza, Forli, Verona, Sienna y Arezzo, y en la època de esta historia, era tan grande su confianza en sí mismo, y tan desmedido su orgullo, que creyéndose dispensado de guardar ninguna consideracion, habia hecho bordar en su manto real estas palabras: *aut Cesar aut nihil*: emperador ó nada. Despues de las ventajas obtenidas en Toscana, sus proyectos de conquista debian naturalmente llegar á ser mas vastos, y aunque anunció varias veces, en medio de sus victorias, que iba á volver á entrar en su reino para gozar algu-

nos instantes de reposo y prepararse para nuevas campañas, era muy raro el que interrumpiese el curso de sus triunfos y dejase el ejército para ver á sus súbditos. Así es, que la verdadera reina era Juana, y el rey de hecho, Pandolfello. ¿Qué tenia ella que temer? ¿Qué mas podia desear? ¡Y sin embargo, véase el terrible encadenamiento del crimen, y la lógica infernal de las pasiones!.... Aquel hombre cuya culpable felicidad quizá no hubiera turbado nadie, impelido por una necesidad fatal acumulaba asesinato sobre asesinato, traicion sobre traicion, y perjurio sobre perjurio. Vivía rodeado de sicarios, de espías y de envenenadores; no hacia mas que tramar conspiraciones, ni pensaba mas que en el asesinato. Aquella muger, amada de su hermano, y adorada por el pueblo, hermosa sobre todas las hermosas, y poderosa sobre los poderosos, pasaba su vida en perpetua zozobra, no cerraba sus ojos mas que para abrirlos sobresaltada, y jamas miraba á su favorito sin temblar por su cabeza.

Como ya hemos dicho, Pandolfello se hallaba sumido en un adormecimiento, medio realidad y medio sueño. Ya no pensaba ni en el homicidio que habia cometido, ni en los que habia mandado. Los remordimientos no le duraban jamas mas que algunas horas, y habian pasado ya dos noches sobre su doble crimen. El sueño del gran chambelán era todo de oro y marfil; véase sentado en un trono de terciopelo carmesí, elevado á la derecha del altar mayor de Santa Clara, con el manto real

sobre su espalda, la corona de las lises en la cabeza, teniendo á Juana á su izquierda, y á los siete grandes dignatarios del reino á sus piés, en diferentes gradas; mientras tanto el cortejo fúnebre de Ladislao desfilaba silenciosamente hácia la iglesia de San Juan de Carbonara, en donde se habia elevado ya el catafalco, por la afanosa diligencia y esmero de la regente, bajo la forma de tres estátuas: una sentada, otra echada, y la tercera á caballo. Pandolfello se embriagaba con los aplausos de la multitud, y los místicos perfumes con que cuatro jóvenes turiferarios con sobrepellices blancas le insensaban de continuo, con la cabeza inclinada hácia el suelo. Cuando llegaba á esta parte de su sueño, apareció un navío en el horizonte. Juana se estremeció vivamente, y tocando en la espalda al favorito, le llamó con una emocion que no podia concebir.

—Pandolfello, una vela por la parte de Caprea.

—¿Es ese un motivo para despertarme tan bruscamente, mi hermosa soberana?... dijo el jóven con una dulce indiferencia y sin abrir los ojos.

—¡Tiemblo á pesar mio, si fuese una escuadra enemiga!...

—¡Dios mio!... Juana, dijo el gran chambelan levantando con disgusto la cabeza: ¿qué enemigo se atreverá á atrevesar nuestro golfo, mientras la bandera de Ladislao ondee sobre este palacio; ni qué peligro podeis temer, mi noble soberana, cuando

entre ese peligro y vos, se encuentran los pechos de todos vuestros súbditos?...

—Yo no sè, Pandolfello, pero no puedo desechiar un vago terror. Un siniestro presentimiento, me dice que nuestra suerte se halla ya decidida en este momento. ¿Veis en la direccion de mi mano, dos, tres, cuatro galeras? El viento las impele rápidamente hácia nosotros. Dentro de una hora, quizá, ya no podremos librarnos de la desgracia que nos amenaza.

—En efecto, dijo el jóven apoyándose en la barandilla de la azotea, no podemos tardar en recibir noticias de los viajeros que vienen á visitarnos. Tranquilizaos, señora. probablemente es el mensaje de una nueva victoria. El rey vuestro augusto hermano, y mi amo, nos ha habituado á una série tal de triunfos, que no nos es permitido dudar de ningun prodigio. Tal vez necesite nuevos refuerzos para estender su dominacion mas allá de la Toscana, y la escuadra que vemos será la destinada á trasportar tropas desde Nápoles á Liorna. Pero, suceda lo que quiera, hermosa princesa mia, no consiento que permanezcais mas tiempo en dudas. ¡Hola!... añadió dando tres palmadas, y al punto dos pajes que se encontraban en un salon inmediato à la azotea, se adelantaron respetuosamente para recibir las órdenes. Que vayan inmediatamente á averiguar qué noticias nos traen esos navíos que navegan á toda vela por el golfo.

Juana veia acercarse la escuadrilla con una an-

siedad progresiva, á pesar de los esfuerzos que hacia Pandolfello para probarla con las razones mas concluyentes y las mas tiernas espresiones, lo absurdo de sus temores. De repente la mirada de la regente permaneci6 inm6vil, abri6 los párpados extraordinariamente, un fri6 mortal corri6 por todos sus miembros, y exclam6 juntando las manos.

—¡Dios justiciero!... ¡el pabellon real en la galera que viene delante de las demas!....

El gran chambelan se puso pálido como un criminal á la vista del cadalso. Su conciencia cargada de crímenes le presentaba aquel regreso como un castigo aterrador. Mas la reflexi6n le hizo esperara bien pronto que el monarca, absorto como siempre en sus proyectos y placeres, no tendria tiempo ni deseos de escuchar quejas ni castigar delitos. Domin6 su turbacion, y ofreciendo la mano á Juana para entrar en el salon, la dijo con aire tranquilo:

—¿Y bien, qué tenemos que temer, señora? Es necesario preparar inmediatamente una fiesta real y espléndida, y como esto entra especialmente en las funciones del gran chambelan, voy ahora mismo á dictar órdenes para que el recibimiento sea digno del vencedor de Italia, y para que el triunfo que vamos á improvisarle supere en magnificencia y brillantez, á cuanto se ha visto hasta el dia en el reino.

Y aplicando respetuosamente sus labios á la mano de la princesa, se alejó, como habia dicho, pa-

ra velar en los preparativos de una de esas gigantescas saturnales, que tenian la doble ventaja de adormecer al rey, y aplacar al pueblo.

Sin embargo, marineros, pescadores, soldados y lazzaroni se reunian tumultuosamente en el puerto para presenciar el desembarco. Entre aquella multitud circulaban los rumores mas contradictorios y confusos. Formábanse en el muelle numerosos y animados grupos. El gran senescal marchaba al galope para colocar sus oficiales y hombres de armas en dos hileras desde el desembarcadero hasta el palacio. Unos miraban este repentino é inesperado regreso como presagio de nuevas luchas y calamidades que iban á caer sobre aquel desgraciado pueblo, apenas repuesto de sus guerras exteriores y de sus civiles discordias: otros por el contrario, veian en él un socorro del cielo, y un castigo providencial que haria espigar sus crímenes al favorito, y pondria un freno á la disolucion de la corte. Todos se maravillaban de que ni Juana, ni Pandolfello, cuya astucia y prevision eran bien conocidas, y que tenian un ejército de agentes y de espías, no hubiesen recibido ningun aviso de aquella llegada tan repentina, y de que el mensajero portador de la noticia de la victoria que se habia celebrado el dia anterior no hubiese anunciado á las personas que tenian mas interes en saberlo, que solo precedia algunas horas á Ladislao. Era indudable que no se aguardaba al rey. La turbacion de los cortesanos, la sorpresa de los empleados de

palacio que llegaban en pequeños grupos y en desorden, y la confusión que reinaba en palacio, en las calles y en el puerto, era una prueba inequívoca de ello.

Mientras que el pueblo acudía en masa al muelle, un solo hombre parecía extraño á tanto tumulto y ruido como había en derredor suyo, y aquel hombre era Lancia. El mutilado soldado, sentado en la arena al sol, con la cabeza inclinada sobre las rodillas, pensaba en sus dos hijos, uno tendido en su cama sin ninguna esperanza de levantarse jamás, y el otro encerrado en los calabozos de Castel-Nuovo, para sufrir los espantosos tormentos que se le preparaban, y lo que más despedazaba el corazón del desgraciado anciano, sucumbir probablemente con ellos, deshonor el nombre de su familia con confesiones arrancadas á la debilidad y al miedo. Cuando daba hondos gemidos, exhalados por su noble dolor, sintió que le daban un golpe en la espalda. Giordano Lancia levantó la cabeza, y vió á su lado un hombre de pié y enmascarado que le miraba á través de los dos agujeros de su capucha con una atención silenciosa y benévola. El anciano sin salir de su meditación, fijó la vista en el desconocido por algunos segundos, como si hubiese querido preguntarle con qué derecho le arrancaba de sus tristes pensamientos, pero olvidando al punto las palabras que quería pronunciar y la causa que las motivaba, volvió otra vez á agobiarse y quedar sumido en sus fúnebres recuerdos.

—¡Lancia! . . . dijo el desconocido bajando hasta el oído del soldado.

—¿Qué me quieres? contestó el veterano sin variar de posición.

—Despierta, Lancia.

—Si no duermo, lloro.

—No es tiempo de llorar. La hora de la venganza ha sonado.

—¡Venganza! murmuró el anciano sin dejar su sombría actitud: ya no tengo brazos; ya no tengo hijos . . .

—El último de tus hijos todavía vive.

—¡Ay! . . . ya lo sé. No han querido concluir prontamente con él, por reservarle una muerte más cruel, una agonía prolongada. Pobre Peppino: ¿tendrás fuerzas para sufrir? ¿tendrás valor para no deshonrarme? ¡Infames!

—Consuélate, Lancia: tu hijo ha sufrido como un hombre, y su constancia ha cansado el brazo de sus verdugos.

—¿Qué dices? exclamó el anciano poniéndose en pié de un salto. ¿Cómo has podido saberlo con sus terribles pormenores? ¿Cómo has podido penetrar los sangrientos misterios de Castel-Nuovo?

—Te digo que esta noche se ha atormentado largo tiempo á tu hijo para que confesase sus cómplices, y comprometer de este modo á muchos inocentes. Te digo que he sido testigo de su suplicio y del valor de tu hijo, á quien no se ha podido arrancar una sola palabra de debilidad ni de súplica.

Te digo que cuando concluyó la tortura, se acercó á mí, y me dijo con voz firme: En nombre de la misericordia divina que descende sobre todo hombre por muy caído que se encuentre, buscad á mi padre, y si el dolor no le ha muerto, decidle lo que acabais de ver. Yo rogaré por tu alma.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿por qué no me volveis mi hijo? ¿Será preciso dudar de vuestro poder?

—No blasfemes, anciano.

—No: ya no hay Providencia: ya no hay justicia.

—Mira delante de tí.

—¿Qué multitud es esa?

—Es un pueblo que acude ante un rey que viene espresamente á vengarte.

—Llévame hasta él, porque ya no soy mas que una masa inerte é inmóvil: el dolor ha acabado de destruir la poca vida y fuerzas que me habian dejado mis heridas.

—No puedo, Lancia: mi presencia contaminaria el acompañamiento.

—¿Quién eres, pues, gran Dios?

—El verdugo.

Al decir estas palabras, el hombre de la caperuza encarnada desapareció como por encanto, y el infortunado padre, no pudiendo dar un paso á pesar de todos sus esfuerzos, levantó sus mutilados brazos hácia el rey, y en el momento de pasar por delante de él, recogiendo todo la fuerza de aliento y de voz que le quedaba en aquel momento supremo, gritó con voz desgarradora:

—¡A mí, Ladislao, perdón! ¡justicia!

—¿Quién es el hombre que me llama por mi nombre? dijo el monarca dirigiéndose hácia él, y separando con un gesto á los guardias que le rodeaban.

—Señor, continuó el anciano cayendo de rodillas, es un soldado que os pide justicia.

—¿Cómo te llamas?

—Giordano Lancia.

—¡Lancia!... ese es el nombre de un valiente no es esta la vez primera que llega á mis oídos.

—He servido cincuenta años, señor; he tomado parte en todas las campañas que han hecho ilustre al país en medio siglo, y he sido testigo de todos los crímenes que durante este largo espacio han ensangrentado el reino.

—Escusadnos nuestras victorias, respondió Ladislao con voz severa; las conozco, y además, si llegase á olvidarlas, no faltan aduladores que me las recordarian. ¿Cuáles son los crímenes que has presenciado, dí, cuyo castigo no hayas visto al mismo tiempo?...

—¿Puedo hablar libremente, señor?

—Por el Papa, no me hagas esperar, sino quieres arrepentirte de haber comenzado.

—He visto asesinar á Tommaso, conde de Monte-Scaglioso.

—¿Y luego? dijo el rey con voz sombría.

—A Wenceslao, duque de Amalfi.

—¿Despues?

—A Hugo, conde de Potenza:

—¿Y con posterioridad?

—A Luis, conde de Melito; Enrique conde de Terra Nuova; Gaspar, conde de Matera.

—Basta.... ¿Qué quieres, anciano, con esa larga y terrible lista de víctimas? ¿te han encargado los muertos de reclamar su venganza?

—¿Y qué me importa á mí todos los San Severinos degollados en un foso y arrojados despues á los perros del palacio? ¿qué me hacen á mí todo los nobles, cuya cabeza ha rodado en el cadalso? ¿qué toda la sangre derramada por su orden? gritó el anciano perdiendo completamente la razon. Me han muerto un hijo, me han dado tormento á otro, ¿lo oyes, Ladislao? Y esto por orden de Pandolfello Alopo, y con el consentimiento y permiso de tu hermana. Hé aquí mis quejas: hé aquí los crímenes de que pido justicia.

—Repórtate y ten cuidado.... respondió el rey con aspecto terrible: mientras me has acusado á mí te he dejado hablar: pero acusas á Juana, mi muy querida hermana, acusas á los mayores personajes de la corte: ¡desgraciado de tí, anciano, si no tienes pruebas para sostener tu acusacion!...

—¿Pruebas?... ¿No es notorio á toda la ciudad que no le falta ya á Pandolfello mas que el título de rey para reinar en tu lugar? ¿No me ha derribado por el lodo, ese cobarde bastardo que me debe la vida, y el favor de que goza en palacio? ¿No se ha sacado entre la pesca, aquí en el mismo sitio que pisas el cadáver de mi hijo? ¿Prue-

bas?... haz abrir las puertas de la prision, y si no se han apresurado á asesinarle, cuando se ha avistado tu galera, para deshacerse de un testigo peligroso, verás á mi pobre hijo, á mi última, mi única esperanza, con los piés sujetos por los grillos, los brazos cargados de hierros, y todos sus miembros doscoyuntados por la tortura.

—Todo esto constituye presunciones graves, dijo el rey con un aire glacial, pero nada me prueba todavia que Pandolfello Alopo sea culpable del asesinato de tu hijo.

Y despues, volviéndose hácia su comitiva, á quien tanta audacia por parte de un pobre soldado habia dejado inmóvil y muda de estupor.

—Que se apoderen de ese hombre, dijo, y sobre todo, que se le prodiguen los cuidados que reclama su estado. Y ahora, señores, á Castel-Nuovo.

En cuanto llegó á palacio, Ladislao se encerró en su cámara con cinco ó seis barones de los mas fieles que no le habian abandonado un instante en sus largas y arriesgadas expediciones. El gran chambelan, como su empleo le daba derecho, fué el primero que se presentó en las habitaciones del rey y solicitó besarle la mano. Ladislao mandó se le contestase por medio del conde Avelino que no veria á nadie antes que á la regente, y que se avisaria á la princesa cuando estaria el rey en estado de recibirla. Este primer contratiempo, unido á la relacion que acababan de hacerle de la extraña escena del veterano, no era el mas á propó-

sito para calmar la inquietud y aprension de Pandolfello. Mas se tranquilizó, no obstante, pensando que en último resultado, como acababa de tomar todas las precauciones necesarias para hacer desaparecer hasta la huella de sus últimos crímenes, nadie podia convencerle ante el monarca. Tratabase cuando mas de una desgracia momentánea y pasajera, pero Pandolfello contaba demasiados medios de seduccion, y con la ciega pasion que habia inspirado à la hermana, para temer seriamente la severidad del hermano. Confióse, pues, á la suerte, ó como se decia entonces, á su feliz estrella, que hasta allí le habia favorecido; y modificando un poco la respuesta del rey, anunció á la princesa que S. M. se preparaba á recibirla con todas las consideraciones que tan alta señora merecia, y que tenia que contener su estremado cariño fraternal, ante la inflexible etiqueta de la corte. Juana, que como todas las personas dotadas de una imaginacion viva, y de una grande movilidad de ideas, pasaba fácilmente del temor à la esperanza, creyó sinceramente las palabras de su favorito, y quiso adornarse para presentarse á los ojos del rey con todas sus ventajas, y borrar hasta los menores recelos que pudieran haberse suscitado contra ella ó contra su consejero, en el ánimo de su hermano, por aquella irresistible fascinacion que ejercia tanto con los que no la habian visto nunca, como con los que la conocian desde su mas tierna infancia. Cuando llegó la noche, y las habitaciones de Cas-

tel-Nouvo estuvieron espléndidamente iluminadas, el conde de Avelino hizo saber á la princesa y á los siete grandes dignatarios de la corona, que el rey los aguardaba. Entonces se abrieron las dos hojas de la puerta de la cámara de Ladislao, y en el lugar que ocupaba comunmente el lecho real, se vió un estrado entapizado con terciopelo negro, sobre el cual habia de pié dos hombres silenciosos y cubiertos completamente con su armadura, como dos fantasmas vengadoras; Juana retrocedió tres pasos, y lanzó un grito de terror á vista de tan extraño espectáculo. Pálida, temblorosa, y agitada por un temblor convulsivo, se volvió hácia su hermano, y le preguntó, menos con la voz que con el gesto, qué significaban aquellos dos terribles personajes.

—Son los jueces, señora, dijo Ladislao frunciendo las cejas. Sentaos, princesa, aquí, à mi derecha. En cuanto á vosotros, señores, dijo dirigiéndose á los grandes dignatarios, conservad cada uno el lugar señalado á vuestro rango, y prestad atencion á lo que va á pasar. Que traigan al acusador.

Al escuchar aquellas palabras, cuatro escuderos llevaron á la real cámara al anciano Lancia, sentado en un ancho sillón, y habiéndole puesto á la izquierda del estrado, se retiraron.

—Habla, dijo el rey, sin temor y sin consideraciones á nadie.

El anciano fijó sobre Pandolfello una mirada terrible, y pronunció lentamente estas palabras, que

penetraron cada una en el corazón de Juana, como una puñalada.

—Acuso al conde Pandolfello Alogo, gran chambelán del palacio, de haberme indignamente maltratado, pisotéandome con su caballo. Le acuso de haber asesinado á mi hijo Lorenzo y de haberle arrojado al mar: le acuso de haber mandado dar tormento á mi hijo Peppino para obligarle á que denunciase inocentes, de que queria deshacerse.

—¿Qué teneis que responder, Pandolfello? dijo el rey volviéndose hácia el gran chambelán.

—Ese hombre está loco, respondió el jóven con una sonrisa de desprecio.

—¿Negais, no es cierto?....

—Me asombro, señor, de que pueda creerse capaz de semejantes infamias.

—Que se presenten los testigos, dijo Ladislao, sin que su voz manifestase la menor emoción.

Entonces pasó en lo interior de Castel-Nuovo un drama espantoso y terrible. Peppino, mas bien arrastrado que conducido por los soldados, entró en la habitación, pudiendo sostenerse apenas sobre sus rodillas. El pobre niño, destrozado por el tormento, dejaba ver en todo su cuerpo las señales de sus padecimientos; pero en su rostro pálido y resignado se advertia un valor heróico y una noble firmeza. En cuanto llegó á presencia del rey dirigió á su padre una mirada indefinible de amor, de compasión y de ternura. Despues quiso hablar, pero la lengua se le pegó al paladar, perdieron el

color sus labios, y una violenta convulsion agitó todos sus miembros. Alargó la mano á su padre en señal de despedida, y cayó muerto á los piés de Ladislao.

—Bueno va, dijo para sí Pandolfello, el gran proto-notario no me ha engañado.

—¡Hijo mio!.... dijo el anciano, ¡pobre hijo mio, le han envenenado!

Y Lancia volvió á caer en su sillón sin movimiento y sin voz.

—¿Qué teneis que decir, Pandolfello? preguntó el rey con la misma impasibilidad.

—Monseñor, soy inocente; ninguna parte he tenido en la muerte de ese niño. El terror le ha privado de la vida. Además, trató de asesinarme á vista de toda la ciudad, y yo le he perdonado.

—Solo al rey pertenece el derecho de indultar, señor mio, contestó Ladislao con voz terrible.

—Perdon, señor, la turbacion me estravia: he querido decir que intercedí en favor del culpable con vuestra augusta hermana, que en vuestra ausencia ejercia los derechos de la soberanía.

—¿Es verdad, Juana?

—Es muy cierto, hermano mio; Pandolfello es un vasallo digno y leal, y nada prueba que haya cometido los crímenes de que le acusan sus enemigos.

—Nada lo prueba en efecto, continuó Ladislao con lentitud; mas como hay présunciones bastante

graves contra el acusado, se va inmediatamente á aplicarle el tormento.

—¡A mí, señor! gritó el gran chambelan con indignacion. Soy conde y baron, desempeño el primer empleo en la corte, y solo debo ser juzgado por los nobles mis iguales.

—Mientes, respondió Ladislao, cuya cólera estalló al ver la indomable audacia del homicida; mientes delante de tu soberano y de tus jueces; tú no eres mas que un miserable bastardo, un mozo de cuadra, que no ha temido abusar de las mercedes que se le han dispensado, para cometer las acciones mas infames y los crímenes mas odiosos. Ahora mismo veremos si tienes igual desfachatez. Que entren los criados del verdugo.

Apenas pronunció aquellas palabras el monarca, entraron en la cámara dos hombres de fisonomía siniestra, con los brazos desnudos, y armados con todos los instrumentos de la tortura. Pandolfello palideció ligeramente. Juana juntó sus manos suplicantes, y exclamó con un movimiento de terror inesplicable:

—Eso es espantoso, monseñor, perdonadle, tened compasion da una pobre muger. No podria jamas soportar un espectáculo tan horrible.

—Habeis sido hasta aquí el rey de Nápoles, hermana mia, dijo Ladislao esforzando su voz en esta palabra cruel, y un rey debe saber administrar justicia sin parcialidad y sin debilidad.

En un instante quedó colocada en el techo una

polea, las muñecas del favorito fueron sujetadas por detras de sus espaldas con nudos apretados, y lanzó un grito doloroso. Por medio de una cuerda se le suspendió á seis piés del suelo; sin embargo, sufrió aquella primera prueba ordinaria con valor, y respondió con voz firme:

—Soy inocente.

Bajáronle de allí, y luego, á una nueva seña de Ladislao, los dos ayudantes del verdugo levantaron al infeliz hasta el techo, y soltándole de repente le dejaron caer á plomo desde la altura de tres piés. Aquella dolorosa operacion se repitió por tres veces, y en todas ellas Pandolfello contestó con voz ahogada:

—Soy inocente.

Entonces se le tendió sobre un caballete, y los atormentadores ataron á sus piés y manos cuatro enormes pesas de hierro. Crugieron los huesos del paciente, dislocáronse sus articulaciones y brotaba la sangre con abundancia.

—¡Perdon! gritó el atormentado; perdon, monseñor: soy inocente.

Suspendiéronse los tormentos: el acusado no habia confesado.

—¿Es culpable? preguntó el rey á los dos jueces cubiertos con su armadura de piés á cabeza.

—No; respondieron con voz cavernosa.

Pandolfello respiró. Un rayo de esperanza brilló en la frente de Juana; creyó que su amante se habia salvado.

—Y bien, dijo el monarca, ¿no hay nadie que quiera deponer contra el acusado?

—Nadie; respondieron los concurrentes.

—Entonces yo seré quien desempeñe ese oficio.

Estas palabras del rey fueron recibidas con un silencio mezclado de asombro y de terror. Aquel extraordinario proceso comenzaba á tomar las proporciones de una revelacion fantástica y sobrenatural.

—Respóndeme, Pandolfello Alop, ¿en dónde estuviste la noche del 26 de Julio?

—En una casita de Chiatamone.

—Mientes; estabas en una barca y en alta mar.

Pandolfello miró al rey como asustado: Ladislao continuó friamente su interrogatorio.

—¿A quién encontraste en tu paseo nocturno?

—A nadie, contestó el jóven cada vez mas desconcertado.

—Mientes; encontraste á un anciano que te salió al encuentro en otra barca conducida por dos remeros, y aquel anciano se llamaba Galvano Pedicini.

—Todo lo sabe, pensó Pandolfello aterrado.

—¿Qué dijiste á Galvano Pedicini?

—Nada, monseñor.... cosas indiferentes....

—Mientes: le pagaste para que me asesinase.

Un grito de horror se oyó en la régia cámara.

—Jamás, señor, balbuceó el acusado temblándole todos los miembros: Galvano ha mentado, me ha calumniado.

—¿Traidor y cobarde? gritó Ladislao con voz de trueno: hé ahí tu bolsa, y se la arrojó á la cara: hé ahí los dos hombres que estaban en la barca del anciano con quien hablaste, y señaló á los dos hombres cubiertos con su armadura.... Galvano era yo.

Pandolfello cayó en tierra boca abajo, anonadado por aquellas terribles palabras.

—¿Es culpable? preguntó nuevamente el rey.

—Sí; respondieron los concurrentes con voz unánime. Juana habia perdido el sentido.

Entonces el rey se levantó, y pronunció la siguiente sentencia que condenaba á Pandolfello.

—Yo, Ladislao I, rey de Hungría, de Jerusalem y de Sicilia, declaro á Pandolfello Alop, reo de lesa-magestad; mando que se le ponga en la frente un cartel infame; que se le coloque atadó en una carreta, y se le pasee por todos los barrios de Nápoles; que los verdugos le arranquen las carnes con tenazas encendidas; que se le arrastre por encima de navajas y que se le arroje en una hoguera de leña verde, para que se quemé lentamente hasta que muera.

Aquella horrorosa sentencia se ejecutó literalmente. Despues del suplicio, el pueblo se abalanzó á la hoguera, y se apoderó de los huesos de Pandolfello, para hacer silbatos y puños para látigos.

Un hombre habia asistido á aquella espantosa escena, elevado penosamente sobre el parapeto de

un puente, y sostenido por un grupo de pescadores. Fija la vista, la boca entreabierta y el pecho palpitante, no perdió ninguno de los pormenores de tan horrible ejecucion. Aquel individuo era Giordano Lancia. Cuando concluyó todo, el desgraciado anciano, cuya razon habia recibido tan rudos ataques, aprovechó un momento en que nadie fijaba la atencion en él, y se arrojó de un salto al mar riéndose y gritando al mismo tiempo:

—Amigos mios, venid á pescarme á mí tambien.



GALERIA LITERARIA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO